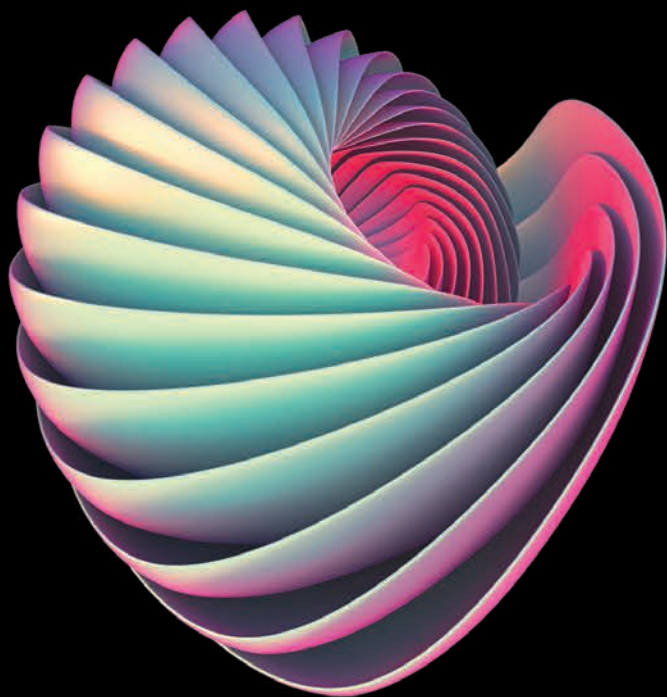


LA ESFERA III

El momento decisivo ha llegado.  
¿Tienes elección?



# EL VUELO DEL FÉNIX

MURIEL ROGERS

 Planeta

# EL VUELO DEL FÉNIX



LA ESFERA III

MURIEL ROGERS

# EL VUELO DEL FÉNIX



LA ESFERA III

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Roger Coch Elias, 2016  
© Muriel Villanueva i Perarnau, 2016  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: noviembre de 2016  
Depósito legal: B. 21.275-2016  
ISBN: 978-84-08-16259-9  
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.  
Impresión: Black Print  
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

*A los que se atreven a soñar  
que otro mundo es posible*

## TE LLAMAS KALA

¿Quién es ese tipo con pintas de pirata? ¿Qué es esa silueta cálida y en colores que no para de moverse en este mundo gélido, pálido y monótono? Parece que se acerca.

—Kala, ¿dónde estás? —le oye susurrar. Se trata de un chico mulato de piel brillante, apresado y desorientado entre tantos cuerpos grises en lento movimiento, que mira aquí y allá—. ¿Kala?

Kala... A ella esa palabra le suena. Parece que retumbe entre sus costillas huecas.

Se mira las manos, un manajo de huesos recubiertos a duras penas por una fina piel blanquecina. Asen una barra de madera y, por primera vez desde quién sabe cuándo, decide seguirla con la mirada. A su izquierda, una ristra de parejas de manos pálidas se dedican a lo mismo que las suyas: empujar la barra. Delante de ella y a sus espaldas, filas y filas de otros cuerpos dispuestas en posición radial arrastran los pies hacia adelante. Caminan en círculos alrededor de un poste giratorio. No van a ningún sitio, solo dan vueltas y más vueltas.

El joven mulato sigue tocando a unos y otros. Ella sigue empujando la barra inútil, mientras escucha esa deliciosa melodía que unas guardianas voladoras llevan regalándole desde hace mucho. Por primera vez, siente la textura rugosa

del palo de madera en las palmas de sus manos. El chico se encuentra ya a poco más de dos metros de distancia:

—¿Kala? Soy Numo. Dime si eres tú.

Ella levanta la cabeza, casi por instinto, como si esas palabras fueran algo que le concierne, y él se gira a mirarla de golpe.

—¿Eres tú? ¡Eres tú, claro que sí! —Se acerca más, ella sigue empujando el palo de madera, volviendo la vista al cogote blanquecino de delante—. Kala, por favor, mírame. Soy yo. —El muchacho la persigue ahora en su lento recorrido circular y le busca la mirada mientras ella sigue empujando la barra. Entonces baja la voz todavía más—: Soy Beo.

Beo... Eso también le suena de algo. Un eco en su interior repite: «Beo», borroso, como un sueño. ¿Cuándo fue eso? Soñó que era una Pirata que buscaba a un tal Beo, eso es. Y después soñó con una ciudad arenosa, por debajo de las nubes. Murió alguien. Alguien importante. Y ella quería volar.

—Kala. Van a pillarme. Y no voy a soportar mucho más la Canción. —Señala a los pajarracos que revolotean y cantan en la distancia, mientras ella se percata de que él lleva los oídos protegidos por tapones—. Debo desconectarme enseguida. Necesito que tomes conciencia. Ya. Espabila —dice moviendo un brazo arriba y abajo delante de sus ojos. Un brazo con una calavera tatuada. El brazo.

Ella se fija en la fila anterior de cuerpos grises. Todos son iguales: encorvados, flacos, calvos. ¿Tiene ella ese aspecto? Se mira los pies, el cuerpo desnudo, e imagina su cara hundida y huesuda.

—¿Cómo sabes quién soy? —Se da cuenta de que no ha oído esa voz, su voz, en mucho tiempo.

—Eres la única que ha levantado la mirada al oírme decir tu nombre. Todos están...

—No soy nadie.

—Claro que eres alguien. La Única. Te necesitamos. Tienes que salir de aquí.

—Déjame trabajar.

—No estáis trabajando. —Da palmas delante de sus narices, ¿quiere despertarla?—. Dais vueltas a un palo inútil. Ni siquiera se han molestado en reconstruir un Antivirus en condiciones. Desde que no hay Piratas por aquí... Ya ves.

Antivirus... Eso también lo recuerda, ¿no? Suelta las manos de la barra y el aire fresco inunda sus palmas. Le parece que lleva siglos pegada a esa madera. Se separa del grupo y se queda de pie, inmóvil, ante el muchacho, que le insiste:

—Escúchame bien. —Le toma el rostro entre las manos, suaves y firmes—. Te llamas Kala y eres imprescindible. Nada de esto es real. Estás en el Otro Lado, ¿te suena?, en estado de Limbo. Este no es tu cuerpo verdadero. Debes cerrar los ojos y desear con conciencia salir de aquí. La Canción no puede retenerte, recuérdalo. Solo tienen adormecido tu cuerpo, tu cuerpo real, pero si tu mente lo desea se desconectará. Alguien te espera fuera. Tú solo piensa en salir. Solo eso. Confía en mí. Ahora debo irme. No van a tardar mucho en detectar mi presencia. Desconéctate ya. —Le clava el dedo en la frente—: Concéntrate en eso.

El chico se desvanece de golpe ante sus ojos.

¿Qué ha sido eso? ¿Ha desaparecido sin más? ¿La mete en un lío y ahora la deja tirada?

Ella se vuelve y observa. El poste sigue girando. A su alrededor, más de cien cuerpos pálidos dan vueltas con la mirada perdida. ¿Así estaba ella hace un minuto? ¿Cuánto tiempo ha estado así?

Su mente sigue adormecida. Kala... Se repite ese nombre y trata de recordar. Kala... ¿Dónde está su anillo? Se mira las manos, las gira ante sus ojos. Hay un mundo ahí



fuera. Está segura de eso, sí. Cree que tiene un... ¿padre? Sí, eso es, se llama Jon. ¿Y Ter? ¿Quién es Ter? ¿Por qué le viene ese nombre ahora al recuerdo?

Levanta la cabeza. El poste gira y gira y se eleva hasta donde se pierde la vista, en pleno firmamento. Una noche estrellada parece protegerla. Pero no. Es una falsa noche. Esa luna es mentira. El chico ha dicho: «Esto no es real. Este no es tu cuerpo verdadero». Y ella confía en él. No sabe por qué, pero confía en él, porque ha dicho palabras que han encendido una llama en ese cuerpo que llevaba meses helado. La Única...

Arrastra los pies descalzos hasta el borde de la inmensa plataforma. No hay barandilla. Baja la mirada y observa: se encuentra sobre un círculo volante que flota muchos metros por encima del... Mar recreativo, así se llama, sí. Las palabras se le van colando en la cabeza desde un pasado lúcido que cada vez le parece menos lejano. El Mar recreativo, el Vacío, una gran isla... Todo eso divisa desde ahí arriba. Y eso que viene volando, que viene entonando esa preciosa melodía. ¿Se trata de la Canción de la que hablaba el tal Numo? Ese pájaro dorado con alas gigantes y cabeza de mujer es una... ¡Sirena!

No, por favor, otra vez no. No tiene ganas de batallitas. Ahora empieza a recordar todo aquel jaleo en Venetián, y no, no tiene fuerzas para pelearse con una Sirena. No sin espada, no sin Reeb, y no con este cuerpo putrefacto.

Las garras del pajarraco vienen directas hacia ella. Tendrá que hacer caso a Numo. Tiene que largarse ya.

Deja caer los párpados. «Debes cerrar los ojos y desear con conciencia salir de aquí. La Canción no puede rete-nerse, recuérdalo. Solo tienen adormecido tu cuerpo, tu cuerpo real, pero si tu mente lo desea se desconectará. Alguien te espera fuera.» Una fuerza poderosa e invis-

ble le succiona el centro del estómago vacío y se la lleva de allí.

—¡Deja de abofetearme! ¿Estás loca? ¡Déjame! ¡Suéltame!  
La chica la suelta de golpe y la deja caer sobre la butaca.

—No grites —susurra—. Solo quería asegurarme de que volvieres del todo. —Sonríe con sorna.

Se trata de alguien algo más joven que ella misma, de unos trece años. El pelo negro y corto, con un flequillo que le cae por la frente y le llega hasta la mejilla derecha, enmarca una carita rosada de muñeca poco coherente con los bofetones que le estaba propinando. Bajo el mono blanco y elástico propio de los habitantes del Nido, se adivina un cuerpo flacucho y sin curvas. A sus espaldas, la puerta blanca apenas abierta atrae la mirada de Kala: parece la única salida de ese cubículo blanco, pequeño y aséptico.

—Levántate. Tenemos que largarnos —le ordena, colocándose el mechón detrás de la oreja.

Ella se mira el cuerpo, sentado en la butaca, vestido de naranja. Vale, sí, es Kala. Empieza a enterarse de algo. ¿Y tiene que levantarse? Quizás necesite ayuda. Cree recordar que recibió un balazo o...

—No te preocupes por tu pierna. Ya debe de estar recuperada. Llevas tres semanas presa.

¿Presa? ¿Veintiún días? En el Otro Lado eso son... La joven ya lo tiene calculado:

—Se te habrán hecho eternos, casi cuatrocientos cincuenta días haciendo el Limbo, ¿no? —Y le guiña un ojo, como si eso tuviese gracia.

—¿Dónde estamos?

—En el Tronco, la sede de los Búhos. Y bastante arriba,

por cierto. Se han dado cuenta de que eres alguien importante. Venga, muévete.

—Búhos...

La realidad se reconstruye en la memoria de Kala como un puzle inteligente que se desmontase y montase solo en la pantalla de un aula de la Escuela. Los recuerdos se agolpan tras las puertas cerradas de su memoria atrofiada y parecen a punto de hacerlas estallar: Búhos, Águilas, el Administrador, la Fortaleza, la traición de alguien, los labios de Beo, ¿o de Numo?, un par de alas robadas, la máscara de Ter, un tiro en la pierna, un ascensor...

—¡Ay! ¡No vuelvas a pegarme!

—Venga, ya pensarás luego. Confía en mí. Me llamo Ozca, Cazco para los amigos. —Sonríe. Ni rastro de aquella cara de sapo—. Me envía la Mano Abierta.